# El beso de la serpiente

Luciana Pavone

# Capítulo 1

El abismo la llamaba con la misma voz de siempre, una mano tierna en su mejilla, un amante que le imploraba volver a la cama. Era su piel, tersa, suave, nueva, la que lloraba cuando las espinas la surcaban, todo estaba lleno de espinas. Viejas amigas recibiéndola en su hogar, susurrándole palabras al oído, de amor, de odio, de pena. Trataban de acariciarla y se hendían en su cuerpo como pequeñas uñas del deseo.

No había otro camino, ese era el precio, así que una y otra vez caminaba por la oscuridad, el dolor, la tristeza. Y se caía y luchaba por mantenerse en pie, y se arrastraba hasta que su cuerpo no era más que sangre y voluntad.

A cada paso los recovecos se achicaban y las tinieblas le besaban la frente, eso era amor y era odio y era pena. Ya nada lloraba porque sólo le quedaban suspiros y una furia que no tenía fin, que ardía con lo poco que le quedaba para prender. Y vacía, llena, débil, fuerte se levantaba justo en frente del nido de raíces, el gran laberinto.

Ahí era donde estaban todas las serpientes, enroscadas, esperando para devorarla. *Soy una de ustedes.*

Porque podía ser cualquier cosa que quisiera si lograba que ellas creyeran, si podía convencer a tantos ojos rojos de que miraran a otro lado, si disfrazaba su luz de escamas verdes y siseaba en un idioma que entendieran. Era cuestión de reptar, de ser como el agua, de convertirse en reflejo y coraza.

Cada vez que él levantaba la mano, el abismo aparecía y era mejor hundirse que quedarse a mirar lo que iba a suceder. Porque esa piel ya no era tersa y suave, tenía secretos ocultos, surcos en lugares que nadie veía, era un dolor que la dejaba vacía y danzaba a su alrededor estallando en carcajadas porque ya no podía siquiera seguirlo con la mirada.  Estaba tan convencido de haber ganado, tan sediento de sangre, ciego de gloria que no supo entender que se había atragantado con su propia furia, que aquello que bebía provenía de sí mismo.

Se lavó y era como sumergirse en oro líquido para salir hecha un diamante. Por primera vez vio el sol y supo que no dejaba nada atrás, que nadie iba a venir a buscarla y arrastrarla de vuelta. También sabía que había entrado de lleno a las tinieblas y ese beso… curaba todas las heridas.

# Capítulo 2

Le puse tierra fértil

a cada hueco del sillón

ahogué tus guisos y tus juegos.

Me pelé las manos de espinas,

¿las margaritas tienen espinas?

Estas creo que sí,

me pincharon antes de morirse

y me dormí para siempre

en mi silencio.

Las luces cambian

cuando pienso en vos.

Princesa de muchos nombres,

el tuyo mi favorito.

¿Cuánto tiempo pasó?

¿Por qué te fuiste?

Te esperé tras el sillón,

había tomado aire profundo.

Margarita negra, nunca volví a respirar.

Sueño gris, de quedarme en silencio.

Lo eterno nunca puede hacerte feliz.

# Capítulo 3

De la boca me salieron gusanos, uno nuevo cada vez que respiraba. Me quemaban la garganta al pasar. Sabía que había un río rojo más allá del ardor, un río lleno de larvas que iba bien profundo hasta perderse en un entramado de serpientes.

Ese río me vuelve negra, como la tierra. Tráguenme para descomponerme, tráguenme y dejen salir mi podredumbre.

Quizás algún día pueda volver a sentir el olor de las flores o apreciar un vaso de agua. Pero no mientras mi sangre se pegue a sus paredes y haga pesado cada paso. No mientras sienta que dentro de mí hay un volcán de metano.

Vos, mi cúmulo de retoños indecisos, de mil colores que dibujan otra cosa, cubrime. Cubrime mientras me devoran. Los dientes de la serpiente nunca te tocan, porque en tu luz está lo que más temen, así que cubrime mientras exploto. Que mis larvas se tiñan de tu mariposa, que mi rojo adorne tu corona, que mi pena riegue tu jardín.